

Comunicación e incomunicación

■ Hay veces que el teatro adquiere el carácter de una radiografía social. Principia a mostrar conflictos, tratar temas y a exhibir personajes de cuya existencia real aún no tenemos conciencia. Pero cuando el público teatral acoge esos conflictos, temas y personajes, se sospecha que se ha revelado una verdad que sólo nos será aparente y clara muchos años más tarde. Así, de la radiografía se pasa a la fotografía.

Hace dos décadas, aproximadamente, apareció en el panorama teatral Ionesco con obras llenas de disparatadas situaciones. Los críticos llamaron su teatro del absurdo, pero también hablaron de la incomunicación. Más adelante apareció una obra maestra: "Esperando a Godot". Nuevamente el absurdo y nuevamente la incomunicación. El teatro norteamericano procreó una pequeña joyita en "La historia del zoo", en que dos hombres tratan vanamente de conectarse entre sí, y el teatro inglés a través de Harold Pinter ha mostrado también, con literaria maestría, la incomunicabilidad que padece el hombre de nuestros días.

Curiosamente, mientras el arte teatral denunciaba la incomunicabilidad, las ciencias sociales prohibaban una nueva profesión: la del comunicador. Bien podría decirse que la ciencia buscaba dar respuesta y solución a un mal que poetas y dramaturgos denunciaban, pero lo extraño del asunto es que, aparentemente, mientras más proliferan los así llamados comunicadores sociales, mayor parece que se hace la incomunicabilidad de los seres humanos.

En la cúspide de esta contradicción está eso que se ha llamado los medios masivos de comunicación. Se supone que ellos, manipulados por los comunicadores, debieran propender al contacto entre los hombres, al intercambio de sus pensamientos, de sus sentimientos, de sus vivencias, y, sin embargo, es un hecho al parecer irredargüible que en la misma medida que aumenta el poder de los medios masivos de comunicación, se va acentuando la incomunicación humana.

Es cierto que el comunicador social, llámese éste hombre de prensa, de radio o de televisión, logra traspasar su mensaje a una cantidad nunca antes imaginada de gente. Pero el problema está en que

no se produce el circuito de retorno. Existen unos pocos comunicadores y muchísimos comunicados y éstos, por más que a veces descarguen su frustración, botando al papelero el diario, apagando el receptor de radio o insultando a la impasible imagen que les entrega el televisor, no tienen posibilidad alguna de expresarse a su vez, entablando un diálogo con los medios masivos de comunicación.

Sin darnos cuenta, en menos de veinte años se han convertido en un hecho real las absurdas situaciones que nos mostraba Ionesco, en que cada uno de sus personajes monologaba sin relacionarse entre sí. La parábola de "Esperando a Godot" principia a descascarar su simbología para irse transformando en un hecho cotidiano y los diálogos aparentemente sin sentido de "Tierra de nadie", de Harold Pinter, adoptan un insospechado tono naturalista.

Ya nadie habla del teatro del absurdo, porque el absurdo de ayer es la normalidad de hoy. Tal vez, si se quisiera en nuestros días hacer un teatro del absurdo, habría que reponer una obra que, estrenada también hace 20 años, nos contaba los esfuerzos de una mujer llamada Ann Sullivan para comunicarse con un ente llamado Hellen Keller, que había nacido ciega, sorda y muda. Como Ann Sullivan creía en la comunicación humana, batallaba y batallaba hasta que lograba entrar en relación con quien parecía estar condenada al ensimismamiento total. Hellen Keller no sólo principia a entender lo que Ann Sullivan le comunicaba, también ella se hacía entender por Ann Sullivan. Había surgido el diálogo.

¿Tendrá eso sentido para un contemporáneo radioescucha o telespectador? ¿No será para ellos la más absurda de las situaciones?

Y no se diga que exagero. Escuchen con atención, en cualquiera parte, cuál es la substancia del diálogo actual y verán cómo se repite y repite lo último que se leyó en el periódico, lo último que se oyó en la radio, lo último que se vio en la tele.

Para oír, ver y decir eso, tal vez Ann Sullivan habría dejado a Hellen Keller tal como estaba.

PARTIQUINO